

SIN FALSILLA

AÑO I

Cartagena 6 de Octubre de 1907

N.º 10

¡MADRE MIA!

¡Madre mía! Si sientes vagar perdidas en la sombra, las últimas notas de mi canto de muerte piensa en mí!

Recuerda aquellos primeros días de mi infancia en que velabas mi feliz sueño de niño arrullando las halagüeñas visiones de mi espíritu indeterminado con tu cariñosa voz.

Recuerda, ¡madre mía! mis primeros pasos vacilantes y endebles.

Mi sonrisa se reflejaba con tu sonrisa y tu mirada acariciábame con sus destellos suaves enviándome un mundo de terneza con su expresión divina.

¡Años felices! Inocente y pura mi vida resbalaba sobre la tierra, entre sueños é ilusiones como resbala el manantial perdido en el fondo del bosque.

Tú me enseñaste á balbucear las primeras palabras, tú me enseñaste á creer en un Dios y el Dios que me pintaste, ¡madre mía! era una exajeración de tu mismo cariño, una imagen encantadora que concebiste en tus momentos de delirio, de amor materno. Por eso aquel Dios fue para mí cosa sagrada y santa y cuando un día, diciéndome que ampliara la idea de aquel que tú me habías enseñado á adorar, me pintaron un Dios pavoroso, triste, terrible, y de leyes estrechas y mezquinas, mi espíritu se revela á comprenderlo y á creer en él.

Un día tuve que separarme de tí, tembloroso é incierto.

Tu voz me animaba, mas á través de las tempestades de la vida sólo llega á mí como el eco perdido de una voz lejana; ¡tan débil!

Y la tempestad que alrededor crujía, jera tan fuerte! Las olas con espumosas crestas parecían tocar las nubes que envolvían al universo con un sudario de sombras, el huracán silbando parecía combinar con sus mil ruidos una risa estratégica de ironía y sarcasmo, y allá, en medio de tanta sombra y tanta lucha, el sér caído en el fondo de una barca sin remos y sin timón acariciando con su desesperada mirada una visión terrible de amor, ambición y gloria que se destacaba entre los mil fulgores del relámpago, en el horizonte.

Azotar las olas con las manos y los brazos, para avanzar.

